

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

UNA TRAMPA DE LOS REVOLUCIONARIOS

FRACASA LA OCUPACIÓN DE CIUDAD JUÁREZ

Un oficial del ejército porfirista pudo colarse entre los liberales
y conocer así todos sus proyectos del futuro

VILLARREAL PRESO; CÓMO LOGRÓ HUIR

Después de cuatro meses de cárcel, y jugándose el todo
por el todo, hizo una escapatoria cinematográfica en El Paso

CAPÍTULO II

El general José Ma. de la Vega, deseando hacer méritos con el gobierno, no se concretó a reforzar a la guarnición de Ciudad Juárez, sino que comisionó al capitán Adolfo Jiménez Castro y al teniente Zerefino Reyes para que haciéndose pasar por liberales ofrecieran a la junta organizadora establecida provisionalmente en El Paso, sublevarse en el cuartel de la plaza con un grupo de soldados para cooperar así en el movimiento revolucionario.

Los dos oficiales fueron recibidos con la natural desconfianza por los conspiradores, con quienes celebraban constantes conferencias. Los conspiradores tuvieron la precaución de no llevar a Castro y a Reyes a la casa en donde se

Las rupturas en el constitucionalismo

reunían. En cambio, les pusieron al tanto de sus proyectos, pudiendo así enterarse el jefe de la guarnición de Juárez, cómo y cuándo los liberales intentarían el golpe en la población fronteriza.

EL PROBLEMA: PASAR LAS ARMAS

En la segunda semana de octubre de 1906, la junta organizadora tenía ya en su poder los elementos de guerra que habían de ser conducidos a Juárez.

Cano había quedado seriamente comprometido a conducir los pertrechos a territorio mexicano; pero el día señalado para ello se presentó ante los miembros de la junta diciendo que no era posible cumplir con su compromiso, porque “el río llevaba mucho agua”.

—*¡Es que tienen miedo!*, les reclamó Villarreal.

Los contrabandistas protestaron; pero Villarreal insistió en que tenían miedo, y que si el cargamento no era pasado a México ese día, se perdería la oportunidad de dar un golpe seguro en Juárez.

Ante la actitud de los contrabandistas, los jóvenes liberales resolvieron ir ellos mismos a pasar el contrabando de guerra, siempre y cuando los contrabandistas les acompañaran para que señalaran el lugar más propicio en la margen derecha del Bravo para pasar a México.

Villarreal, César Canales, Vicente de la Torre y Juan Sarabia quedaron comisionados para llevar a cabo la tarea, y salieron de El Paso en un guayín, conduciendo armas, municiones y explosivos.

FELIZ CONCLUSIÓN

Como a ocho o nueve millas al oriente de El Paso, encontraron un vado. Los jóvenes liberales se desnudaron e iban a cruzar el río llevando las armas en alto, cuando Juan Sarabia se arrepintió, no por temor a la aventura, sino por miedo a la impetuosa corriente del Bravo.

—*¡Adiós, capitán araña!*, le gritó Villarreal, al tiempo que junto con los otros jóvenes y seguido de los contrabandistas, entraba a las aguas del río.

Sarabia, al escuchar la exclamación de Villarreal, se contrarió visiblemente, y haciendo un gesto como para significar “me sacaré la espina”, vio como sus

compañeros llegaban a la margen opuesta y a poco, a bordo de un guayín, desaparecían hacia Guadalupe y Ciudad Juárez.

Entraban los conspiradores a Juárez llevando su precioso cargamento, cuando las autoridades de la ciudad mexicana destacaban a varios fiscales, quizás teniendo conocimiento de un movimiento sospechoso sobre la margen izquierda del Bravo.

Pero los liberales llegaron felizmente hasta el centro de Ciudad Juárez y frente a la casa comercial del señor González desembarcaron la “mercancía”. El señor González que, al igual del señor Timoteo Cuéllar y otros liberales, estaba de acuerdo con los proyectos de la junta, almacenó los pertrechos de guerra para entregarlos a los combatientes al primer grito de guerra.

UNA CELADA

Ya teniendo las armas y las municiones en territorio mexicano, los miembros de la junta resolvieron dar el golpe la noche del 19 de octubre. Así se lo comunicaron a los oficiales Jiménez Castro y Reyes, quienes a su vez lo pusieron en conocimiento del general De la Vega.

Con los informes recibidos, el general de la Vega se apresuró a hacer fracasar los planes de los conspiradores, y comisionó a sus dos oficiales para que inmediatamente se trasladaran a El Paso e invitaran a los liberales a que pasaran el puente, fingiendo interés de que, ya en territorio mexicano, hicieran los últimos preparativos para el asalto al cuartel de las tropas federales.

La invitación de Jiménez Castro y de Reyes hizo desconfiar a los liberales, quienes por primera vez temieron una celada, ya que consideraban que cruzar el puente internacional en pleno día sólo podría llevarlos a manos de la policía. Pero Juan Sarabia, quien creía que sus compañeros dudaban de su valor por no haber cruzado las aguas del Bravo, dijo con resolución que él sí acompañaría a los oficiales Jiménez Castro y Reyes. César ofreció seguirlo. Esta actitud de Sarabia hizo que todos los conspiradores se resolvieran también a marchar a la población mexicana inmediatamente.

Sin embargo, Sarabia y Canales, queriendo dar pruebas de audacia, se adelantaron a sus compañeros; pero apenas habían pisado territorio mexicano, fueron aprehendidos por el comandante de la policía Antonio Ponce y conducidos al cuartel del general De la Vega.

APREHENSIÓN DE VILLARREAL

Y mientras que estos sucedía en territorio mexicano, en El Paso, Villarreal, Cano y Lauro Aguirre eran también detenidos.

Se dirigía Villarreal al puente internacional, cuando se encontró frente a frente al capitán Jiménez Castro. El capitán estaba tan nervioso que Villarreal sospechó en el acto de que algo tramaba en contra de los compañeros. Jiménez Castro pretendía que Villarreal lo acompañara a Juárez, pero el liberal se dio cuenta de que un grupo de individuos, entre los que descubrió al cónsul Mallén, observaba sus movimientos, y rehusó la invitación, diciendo al oficial que era necesario ir por otros compañeros.

Jiménez Castro, viendo la posibilidad de aprehender al resto de los compañeros de Villarreal, tomó a éste del brazo para ir en busca de los otros liberales. Aunque comprendiendo que no escaparía de la policía, Villarreal lo que quería era que su aprehensión se llevara a cabo a la vista de sus amigos, a fin de que éstos se pudieran poner a salvo.

Villarreal logró su deseo, ya que cuando Jiménez Castro comprendió que había sido víctima de un engaño, dijo al joven revolucionario:

—¡Todo está perdido, compañero!... Ahí viene la policía...

Esta era la palabra convenida para que la policía cayese sobre Villarreal, pero en los momentos que éste era detenido, Ricardo Flores Magón, Modesto Díaz y otros liberales, se dieron cuenta de la situación y pudieron escapar.

CUATRO MESES EN LA CÁRCEL

Villarreal fue conducido a la cárcel junto con Jiménez Castro, quien seguía fingiéndose revolucionario. El objeto que perseguía el oficial al continuar la comedia era lograr que Villarreal le dijera dónde se ocultaban los Flores Magón. Por la noche, cuando encerrados Villarreal y Jiménez en dos celdas contiguas, éste gritaba:

—¡Ay, compañero, qué irá a ser de mí! Compañero, diga usted dónde están los otros amigos y nos salvaremos! ¡Hágalo por mi familia, Villarreal!

El joven revolucionario, sin embargo, permaneció callado. Ahora tenía la firme creencia de que Jiménez Castro había sido el instrumento para acabar con la conspiración. Y la creencia quedó confirmada veinticuatro horas

después, cuando el militar salió tranquilamente a la calle, mientras que él, Villarreal, era consignado bajo el cargo de violar las leyes de neutralidad de los Estados Unidos.

Cuatro meses permaneció Villarreal en la cárcel de El Paso. El gobierno de México, entre tanto, hacía trabajos encaminados a lograr su extradición.

AUDAZ FUGA

Un día, el acusado pidió permiso para ir a la oficina de telégrafos de El Paso a depositar un mensaje. El permiso le fue concedido y acompañado de un policía, llegó a la oficina de telégrafos. Ya en la oficina, tuvo la idea de emprender la fuga. ¿Cómo? Ni él mismo lo sabía. Observó que la oficina tenía una puerta lateral para un pequeño callejón, y resolvió realizar un acto de audacia. Mas para poder alcanzar la puerta lateral, tenía que cruzar el salón donde se encontraban los aparatos telegráficos, y tenía que luchar antes con su custodio.

Un inesperado acontecimiento puso a Villarreal en el camino de la libertad. El policía que vigilaba sus movimientos fue llamado desde la calle por una pareja de oficiales. El custodio acudió al llamado. Éste fue el momento aprovechado por Villarreal, quien abriendo intempestivamente la puerta que comunicaba el despacho de la oficina con el salón de aparatos, cruzó este salón a grandes pasos ante el asombro de los empleados, y, alcanzando violentamente la puerta lateral, tomó el callejón y emprendió veloz carrera.

El callejón desembocaba en una de las principales calles de El Paso. Villarreal, sin perder tiempo, abordó un tranvía y en unos cuantos minutos estuvo bien lejos de la oficina de telégrafos.

Se dirigió el prófugo a la casa de uno de los liberales de El Paso, quien junto con otros compañeros lo condujo a un lugar cercano a la ciudad, proporcionándole una carabina.

Oculto en una pequeña cueva, y siempre con la carabina en la mano, permaneció Villarreal tres días, hasta que sus compañeros le llevaron víveres y dinero, sugiriéndole la conveniencia de que se dirigiera a Los Ángeles, en donde se encontraba Flores Magón.

Las rupturas en el constitucionalismo

CON FLORES MAGÓN

A pie, y siguiendo a la largo de la vía férrea, Villarreal emprendió el camino hacia Nuevo México. Cuatro días anduvo el fugitivo hasta que, considerándose libre de sus perseguidores que lo habían buscado empeñosamente en El Paso, tomó el ferrocarril y llegó felizmente a Santa Fe, en donde supo que Flores Magón no estaba en Los Ángeles, sino en Sacramento.

De Santa Fe, Villarreal se dirigió a Denver y de allí a Sacramento, en donde encontró, ciertamente, a Flores Magón.

Magón vivía en un cuarto miserable pasando días angustiosos, ya que la policía de la agencia Pinkerton lo buscaba por todos los estados de la Unión Americana. Villarreal y Magón no tuvieron, durante dos o tres meses, más alimento que carnes frías, pan y agua; y si podían comer carnes frías y pan, se debía a Rómulo Carmona, quien desde Los Ángeles, con gran desinterés ayudaba económicamente a las víctimas de la persecución porfirista.

De Sacramento, los dos perseguidos se trasladaron a San Francisco, desde donde colaboraban en *Revolución*, periódico que, sustituyendo a *Regeneración*, aparecía en Los Ángeles.

EN LOS ÁNGELES

En los primeros días de julio, Flores Magón y Villarreal llegaron a Los Ángeles, en donde se encontraba Librado Rivera. Vivían los tres perseguidos en una humilde casa en la calle Pico, y sólo contados amigos los visitaban, ya que la agencia Pinkerton había ofrecido veinte mil dólares por la captura de Flores Magón. Pero la indiscreción de una amiga de éste llevó a la policía hasta el escondite de los liberales mexicanos.

El 23 de agosto Thomas H. Furlong se presentó frente a la casa en donde se ocultaban los tres revolucionarios. Iba acompañado de los detectives F. Talamantes y J. Rico y de un buen número de policías. Talamantes había sido contratado por el cónsul de México en Los Ángeles, Antonio Lozano, para que siguiera las huellas de Magón, con un sueldo de doce dólares a la semana. Rico había sido contratado para el mismo objeto por Furlong. Otro de los ayudantes del jefe de la agencia de detectives era Samuels, el mismo aquel que fingiéndose agente de anuncios había seguido los pasos de Villarreal cuando

éste se encontraba en St. Louis. Furlong y sus acompañantes sitiaron la casa de la calle Pico y con gran aparato de fuerza dieron el asalto. No fue grande la sorpresa de Magón, Villarreal y Rivera, ya que habían observado desde minutos antes del asalto la presencia de gente sospechosa en las cercanías de su escondite.

Al entrar a la casa, Talamantes y Rico esposaron rápidamente a los tres liberales. Ricardo protestó, pero Rico le dio a un pistolero en el cráneo, derribándolo.

—*¡Es usted un bandido!* —le reclamó Villarreal.

—*Eso no me lo dice afuera* —contestó Rico.

—*Quítame las esposas y vámonos afuera* —pidió Villarreal.

—*Ya nos veremos* —agregó Rico, mientras que Talamantes daba de golpes a Villarreal.

UNA ESTRATAGEMA

Los tres detenidos fueron subidos en un automóvil para ser conducidos a la cárcel del condado, Villarreal daba gritos desesperados.

—*Help, help!* —gritaba Villarreal a pesar de los esfuerzos de la policía para callarlo.

Y frente a la cárcel del condado, tanto Magón como Rivera y Villarreal se negaban a entrar al edificio. Villarreal gritaba con todas sus fuerzas, y en su mal inglés:

—*Help, help! They want to kidnap us!... Help! Help!*

Los policías hacían esfuerzos para callar a Villarreal, pero éste continuaba gritando a las puertas de la cárcel:

—*Help! Help! The Mexican government wants us!*

Y los gritos de Villarreal, y a la vigorosa defensa que Magón hacía para evitar entrar a la cárcel, empezó a reunirse una multitud de curiosos.

Gracias a aquella vigorosa y desafiante actitud de los detenidos, horas después algunos militantes socialistas y laboristas iniciaban una defensa ardiente de los tres liberales presos, evitándose así que Villarreal, Magón y Rivera fuesen conducidos a territorio mexicano, como eran los propósitos de los agentes de Furlong, quien obraba por cuenta del embajador mexicano en Washington, Enrique C. Creel.

EL CASO DE MANUEL SARABIA

Con los tres liberales presos en Los Ángeles se pretendía repetir el secuestro de que había sido víctima Manuel Sarabia, en Douglas, el 30 de junio de 1907. Sarabia había sido aprehendido en Douglas en los momentos que pretendía tomar el ferrocarril para El Paso. Un agente de la agencia Pinkerton había realizado la aprehensión.

Después de haber sido detenido, Sarabia fue conducido a la cárcel de Douglas, de donde fue sacado dos o tres horas después para subírsele en un automóvil. Sarabia comprendió que se le iba a conducir a territorio mexicano y, deshaciéndose de las manos de sus aprehensores, emprendió la carrera, pero fue alcanzado y reaprehendido. El joven liberal, considerando que si era entregado a las autoridades de México sería condenado, empezó a gritar.

[*Ilegible*] amordazaron, lo esposaron y en el automóvil lo condujeron a Nogales. Pero los gritos de Sarabia habían sido escuchados por varias personas, quienes denunciaron los hechos y así se logró que liberales y socialistas americanos de Arizona emprendieran una campaña intensa del favor del secuestrado; campaña que tuvo eco hasta en Washington y que obligó al gobierno de los Estados Unidos a exigir al de México la devolución de Sarabia a Arizona.

FRACASAN LOS PLANES DEL GOBIERNO DE MÉXICO

El procedimiento seguido en el caso de Sarabia por la policía de la agencia Pinkerton hizo creer a Magón, Villarreal y Rivera que estaban amenazados de ser conducidos a territorio mexicano.

Pero la forma como habían sido aprehendidos los tres liberales y el hecho de que la policía de Furlong hubiese confiscado la correspondencia de Magón en la casa de la calle Pico, sin tener autorización legal para ello, levantó una ola de protesta no sólo en Los Ángeles y otras ciudades de California, sino en toda la Unión Americana.

Tanto interés tenía el gobierno porfirista en acabar con la junta organizadora del Partido Liberal, que el embajador Creel llegó a Los Ángeles. Creel dijo entonces que el objeto de su viaje no era sino disfrutar de cortas vacaciones. Sin embargo, años más tarde, el secretario del embajador, don Victoriano

Salado Álvarez, confesó que Creel, durante su permanencia en Los Ángeles, había conferenciado varias veces con las autoridades judiciales que tenían a su cargo el proceso contra los tres liberales. Creel obsequió a uno de los jueces un valioso reloj de oro, haciendo otros regalos a otras autoridades.

LOS CARGOS A LOS PRISIONEROS

Fracasado el intento de secuestro, el gobierno porfirista, por conducto de la agencia Furlong, nombró a Henry T. Cage, ex gobernador de California, para que sostuviera la acusación en contra de los detenidos, quienes a su vez designaron defensores a los abogados Job Harriam y A. R. Holson.

Tres fueron los delitos que se imputaron a los liberales presos. Por el primero se les acusaba de ser los autores intelectuales de la muerte de un señor González, guardia fiscal que había perecido cuando los liberales atacaron a Jiménez; por el segundo se les acusaba del robo de quince, o veinte pesos a la oficina de correos de Jiménez; por el tercero se les acusaba de conspiración para violar las leyes de neutralidad.

VILLARREAL CON W

Para comprobar la tercera acusación, que podía ser la más seria, Arturo M. Elías, cónsul de México en Arizona, se encargaba de recoger pruebas.

Al efecto, Elías denunció a un club liberal de Bisbee, Arizona, como el centro de conspiración. El club fue asaltado por la policía de Furlong, presentando entonces el cónsul Elías una lista que aseguraba había sido encontrada por la policía, en la cual se hacía figurar a los supuestos conspiradores. Había, sin embargo, pruebas casi irrefutables de que la lista había sido fraguada por los mismos agentes de Pinkerton, ya que se hacía aparecer el nombre de Villarreal con W.

Además el cónsul Elías pidió la detención de un tal Vázquez, a quien señaló como el jefe de los conspiradores en Arizona.

Vázquez negó categóricamente su participación en los trabajos conspirativos pero semanas más tarde se le hizo aparecer como testigo de cargo contra Magón, Villarreal y Rivera, declarando Vázquez que si era cierto que

Las rupturas en el constitucionalismo

se violaban las leyes de neutralidad, asegurando haber sido el enviado por la junta organizadora a Arizona para reclutar gente para introducir pertrechos de guerra a México.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 24 de noviembre de 1935, año XXII, núm. 285, pp. 1-2.